

LECCION XV.

Del amor que todos los fieles deben profesar á la Iglesia Romana.

P. ¿De qué proviene que muchas personas tienen tan poco amor á la religion católica y andan vacilantes en su fé?

R. Proviene de que no aman á la Santa Sede Romana y á la Iglesia de Roma, que es la Madre y maestra de todas las Iglesias del mundo.

P. ¿Por qué razon están obligados los fieles á tener particular amor á la Iglesia Romana?

R. Precisamente, porque ella es la madre de todas las Iglesias del mundo; y por tanto todos los cristianos que se glorian del bien incomparable de la fé, despues de Dios, se lo deben á esta Iglesia madre. Ella fué fundada por San Pedro príncipe de los apóstoles, quien le dejó como por herencia, aquel primado sobre toda la Iglesia, que recibió de Nuestro Señor Jesucristo. Con este primado le dejó tambien toda la autoridad y todas las dotes y prerogativas que le son anexas. De modo que, así como todos los hijos bien educados, deben amar tiernamente á su madre, así tambien todos los cristianos deben tener un grande amor

hácia la Iglesia romana. El que no la ama es un ingrato.

P. ¿Esta es la única razon por la cual debe ser amada de todos la Iglesia Romana?

R. Esta es la principal, y como la fuente de que se deriban otras muchas.

P. Desearia conocerlas todas separadamente.

R. Satisfaré vuestro deseo, con tanto mas gusto cuanto que no todos conocen aquellas razones, ó por lo menos, no se fijan en ellas. La primera, es porque nosotros, particularmente los que pertenecemos á la Iglesia occidental, hemos recibido la verdadera religion por medio de los Romanos pontífices sucesores de San Pedro, los cuales no han omitido diligencia alguna para enviar en todo tiempo y á todas partes, hombres apostólicos, con el fin de propagar la fé, y de fundar nuevas Iglesias. Toda la Europa y toda la Africa han reconocido á esta Santa Sede como el origen y principio de su fé; lo mismo las Américas, las Indias, la China, la Oceanía y finalmente, todos los paises conocidos.

P. A la verdad, que no es este un pequeño beneficio, y por lo mismo, todos debemos vivir eternamente reconocidos á la Iglesia romana. Pero tal vez algunos podian creer que este celo de los Papas es únicamente por el deseo de extender su autoridad. ¿Cómo se puede contestar á esto?

R. De la manera siguiente: Los Papas no han hecho mas que continuar la obra de los apóstoles, segun se los habia ordenado Nuestro Señor Jesucristo; y nadie habrá que se atreva á reprobear el celo de los apóstoles. Esto supuesto, pregunto, ¿qué cosa es aquella autoridad que adquieren los Romanos Pontífices por medio de la propagacion de la fe? No ha sido siempre ni es ahora, mas que un motivo constante de solicitudes, de cuidados, de dificultades, de conflictos y de amarguras, que los ocupan completamente del dia á la noche, y del principio al fin del año. Los Papas gobiernan una Iglesia, sin cesar combatida, asaltada por todas partes y afligida de todas maneras: una Iglesia que tiene tantos enemigos, si puede decirse, cuántos son los herejes, los cismáticos, los incrédulos, los malvados y en suma, todos los sectarios de cualquiera clase que sean. Los Papas gobiernan el timon de una nave que atraviesa un mar tempestuoso, combatida por vientos horribles, que se precipitan sobre ella con increíble furor, para hundirla hasta el fondo si posible fuera. Hé aquí la autoridad, que solo puede ser motivo de envidia para quien no sabe lo que es. Ciertamente no vale la pena el procurarse con tantos disgustos y á costa de tantas amarguras, una autoridad, que no produce mas que aflicciones y congojas. La autoridad de los Romanos

Pontífices, es una autoridad intrínseca y necesaria á la institucion misma de la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo. De aquí resulta una de dos cosas: ó no propagar el reinado de Jesucristo sobre la tierra, por medio de la predicacion del Evangelio; ó si se propaga, extender tambien en el mismo hecho, la autoridad del Romano Pontífice, que es el jefe de ese reinado, ó lo que es lo mismo, la cabeza visible de la Iglesia.

P. Teneis razon, Pero no comprendo cómo puede haber personas que siendo realmente piadosas y devotas, parece que tienen una secreta aversion á la Santa Sede; le conceden lo menos que pueden, parece que experimentan algun celo por su poder y como que se alegrarian de que el Papa no fuera mas que un simple Obispo. ¿No es esto acaso una gran ofensa que se hace á la Suprema autoridad de los Papas?

R. Es exacto quanto habeis dicho. Hay en efecto personas que gozan reputacion de piadosas, que asisten á las Iglesias, que frecuentan los santos sacramentos y que en todo aparecen devotas; pero que apenas se les toca el punto de los Papas y parece que hasta mudan de naturaleza, se enfurecen y no tienen mas que palabras en gran manera amargas, con que deprimen la autoridad pontificia, con lo cual viene á desaparecer por completo toda su devocion. Imbuidas en las preo-

cupaciones que aprendieron desde su juventud en algunas escuelas universitarias hostiles á la Santa Sede, es muy difícil que prescindan de los principios erróneos en que fueron educadas. Estos hombres, á la verdad, no tienen aquel amor filial que le es debido á su verdadera madre. Son devotos, pero á su modo, y tienen juicios muy errados y preocupaciones muy estúpidas sobre lo que ellos llaman abusos de la autoridad pontificia. Dominados de un celo mesquino, siempre están llenos de temor de que venga á ser perjudicial, á los Príncipes y á los Estados, el libre ejercicio del poder espiritual del Romano Pontífice, cuando por el contrario les es muy benéfico bajo todos aspectos. Siempre que los gobiernos no invaden los derechos de la Iglesia, no tienen que temer la mas ligera molestia de parte del Pontificado Romano. Así lo han conocido los buenos Príncipes en todo tiempo por experiencia propia. Pero dejemos á estos extraños devotos, de quienes mueve á compasion el solo hablar de ellos.

P. Según veo, parece que V. no está muy al corriente de la política de estos hombres. Sus temores no carecen de fundamento. Dicen que los Papas en los primeros siglos de la Iglesia, predicaban la sujecion y la obediencia á los Príncipes, que despues en la edad media desautorizaban á los mismos príncipes y declaraban á sus súbditos li-

bres del juramento de obediencia que les habian prestado. Esta es la causa porque ahora temen que volvamos á los tiempos de la edad media.

R. Los Papas siempre han enseñado de la misma manera y siempre han predicado la obediencia y el respeto que se debe á los Príncipes. La diversa conducta que observaron con los Príncipes de los primeros siglos y con algunos otros de la edad media, tiene por origen la diversa condicion de los mismos Príncipes. Antes de abrazar el cristianismo, eran paganos, y por lo mismo, no estaban sujetos á la autoridad de los Papas, y á las censuras de la Iglesia; pero cuando fueron recibidos en ella, vinieron á ser súbditos de los Papas en lo espiritual y contrajeron diversas obligaciones para con la Iglesia. Mientras permanecieron dóciles á ella misma y fieles al cumplimiento de sus obligaciones, todo caminó en una maravillosa armonía y contaron siempre con las bendiciones de Dios; pero cuando algunos trasladaron su poder, hasta hacerse jefes y fautores de herejias y hasta conculcar la moral pública y usurpar los legítimos derechos de la Iglesia, entonces los Romanos Pontífices, despues de haber agotado todos los medios de persuacion, tuvieron que hacer uso de la autoridad, que recibieron de Nuestro Señor Jesucristo y los excomulgaron como públicos enemigos de la Iglesia. Si los Papas hu-

bieran obrado de otra manera no habrían cumplido con su propia conciencia, hubieran merecido la reprobación pública y se hubiera dicho que se mostraban fuertes con los débiles, y débiles con los fuertes. En cuanto á la libertad del juramento, ya en otra vez he dicho, que esto era en aquellos tiempos, una de las consecuencias y condiciones del derecho público comunmente recibido. De presente así se observa también entre los protestantes. Cuando el Rey ó la Reina se declaran católicos, pierden inmediatamente el derecho á la corona y al principado. ¿Quién dice nada contra la teoría y la práctica de los protestantes? Pues bien, esta era y no otra, la teoría y la práctica de los católicos en la edad media. Por aquí se ve claramente cuánta es la inconsecuencia y la injusticia de los hombres mundanos. Ahora que las cosas han cambiado enteramente, el temer un retroceso á la edad media, es lo mismo que temer un incendio en tiempo de diluvio universal. Las costumbres de la edad media, solo se encuentran entre los protestantes en todo lo que tienen que hacer en orden á los pobres católicos.

P. Quedo persuadido con todo lo que habeis dicho, y deduzco de aquí que el poder de los Papas en la edad media, era lo mismo que ahora, un poder tutelar y benéfico.

R. Ciertamente. Los Pontífices fueron siem-

pre padres de los pueblos y defensores de los soberanos, y segun lo exigian las circunstancias, defendieron á los pueblos de la ferocidad de algunos Príncipes, y defendieron á los mismos Príncipes contra la anarquía y la rebelion de algunos pueblos. En efecto: se acostumbraba entonces que los Reyes y los pueblos recurrian al Sumo Pontífice para encontrar remedio en sus males; los Papas interponian su autoridad segun lo que exigia el bien comun de los unos y los otros; y solamente los malvados se declaraban en aquella época, como se declaran ahora contra el Pontificado Romano. La Europa entera es deudora á los Papas, de su actual civilizacion, así como de la conservacion de las bellas artes, de las ciencias y de las letras y de tantos benéficos institutos de caridad pública y privada. Seria interminable si quisiera referir uno por uno los inmensos beneficios, que bajo todos aspectos, han proporcionado á la Europa y al mundo entero los Romanos Pontífices, beneficios por los cuales son acreedores á los testimonios de la mas sincera gratitud.

P. Todo esto es muy cierto, y para convenirse de ello basta consultar á la historia, pero no la historia falsificada por los escritores modernos protestantes é incrédulos, sino la historia genuina y verdadera: ¿Pero qué quereis? Hay hombres que por el odio entrañable que profesan al papado,

cierran voluntariamente los ojos para no ver estos verdaderos bienes, constantes y universales y para fijarse, con el lente de la preocupacion, en algunos lunares verdaderos ó supuestos, que encuentran aquí y allí en los hechos de algunos Pontífices, con el objeto de comprenderlos todos bajo un solo punto de vista, sin tener en cuenta ni el tiempo ni el espacio, á fin de hacer odiosa la Santa Sede Romana. ¿No es esta una deslealtad imperdonable?

R. Sin duda alguna. Es una insigne mala fé. Mas todavía podria tolerarse que quienes se condujeran de esta manera, fueran solamente aquellos desgraciados, que, como acabais de decir, están dominados por un ódio profundo contra los Romanos Pontífices; pero lo que sí viene á ser intolerable es, que tambien lo hagan ciertas personas, que se dicen católicos sinceros, y cuando menos se espera, aparecen como unos perpetuos censores de los actos que emanan de la Santa Sede, y nada les gusta de todo cuanto hacen los Papas. Saltan de alegría cuando pueden dar ó saben que otros han dado una bofetada á su comun madre. ¿Qué os parece de tales católicos? ¿Amarán verdaderamente á su madre? Los católicos sinceros se alimentan con otra clase de sentimientos; consideran como injurias hechas á ellos mismos, las que ven que se infieren á la madre de todas las Iglesias y al vicario de Jesucristo; se contristan y se

aflijen por esto amargamente, al paso que se alegran y se llenan de regocijo cuando conocen que todo va bien en favor de la Iglesia. Este sí es verdadero amor. Pero, ¿qué diremos de tantos que no parece sino que están con el fusil en la mano, esperando el momento de cogerla en mentira si posible fuera; que no hablan mas que de invasiones del Poder Papal, como si los Papas estuvieran nada mas esperando ocasiones de invadir los derechos ajenos, cuando tienen tanto en que ocuparse para defender á los fieles, que son los verdaderamente invadidos y molestados segun el capricho de muchos soberanos temporales? La Iglesia Romana jamas ha tratado ni trata ahora de invadir los derechos ajenos; antes por el contrario, los favorece y los defiende.

P. Veo que sois muy apasionado por la Iglesia Romana y por la Santa Sede. Advertid que la pasion ciega y que no deja ver las cosas en su verdadero estado.

R. Os confieso ingenuamente, valiéndome de vuestras propias palabras, que en efecto soy muy apasionado por la Iglesia Romana, y siento que se me despedaza el corazón cuando veo á tantos enemigos, que mueven á la Santa Sede una guerra la mas cruel, y veo igualmente á tantos indignos hijos suyos, que le ocasionan pesares y amarguras, sin tener ni aun la mas leve aparien-

cia de razon; soy apasionado de la Iglesia, y estoy muy lejos de arrepentirme de ello; antes bien, quisiera que todos los católicos sinceros estuvieran animados de los mismos sentimientos. Yo veo que todos los santos fueron siempre muy amantes de la Silla Apostólica, y que todas las personas verdaderamente piadosas y religiosas, le han profesado un afecto tiernísimo y la mas alta veneracion y respeto. En la práctica, este amor á la Iglesia Romana, es la enseña que distingue á los verdaderos fieles de los que no lo son. Lo que en mí llamais *pasion*, lo es en realidad, pero no es *pasion* de aquellas que ciegan el entendimiento; sino por el contrario, es un acto del mismo entendimiento y de la voluntad, que tiene por fundamento la verdad misma y el deber en que está todo hijo de honrar á su propia madre y de recompensarle, en cuanto le es posible, su tierna solicitud y sus continuos afanes.

P. En qué consistió esa solicitud de la Iglesia?

R. Consiste principalmente en el empeño que toma en conservar intacto el sagrado depósito de la revelacion divina. ¿A quién debemos, sino á la Iglesia Romana, la conservacion de la Biblia en toda su integridad y pureza? ¿Quién, sino ella, nos ha trasmitido desde el principio, el *cánon* ó elenco de los libros sagrados, tal como estaba consignado en tiempo de los Apóstoles? ¿Qué hubie-

ra sido de la Biblia, de que se muestran tan celosos los protestantes, si se hubiera abandonado en manos de los herejes? Apenas hubieran llegado á nosotros algunas páginas ó fragmentos. ¿Cuántos destrozos no causan en ellos los protestantes modernos y los racionalistas, quienes por otra parte tienen la audacia de acusar á la Iglesia Romana como enemiga de la Biblia? ¿Y quién, sino ella sola, ha dado una fiel traduccion de los libros santos? ¿Quién, por último, sino la misma Iglesia Romana, pone todo su esmero y vigilancia para que las versiones que se hacen de la Biblia en lengua vulgar, no vayan falsificadas, ni mutiladas, como son todas las versiones de los protestantes?

P. Escuchad. He oido decir que la Iglesia esconde la Biblia á los fieles, para que no descubran las imposturas de los Padres, quienes se empeñan en hacer creer al pueblo cuanto les ocurre. He oido decir tambien que desde que fué conocida la traduccion de la Biblia que hizo Diodati, comenzaron á abrir sus ojos los fieles en Italia. ¿Como se combina todo esto con lo que acabais de exponer?

R. Digo que todo ello no es mas que un tejido de mentiras. 1.º, es mentira que la Iglesia esconda á los fieles la Biblia. En todas partes hay versiones de ella en el lenguaje de cada país aprobadas y autorizadas por la Iglesia. 2.º, es menti-

ra que los fieles hayan abierto los ojos desde que comenzó á conocerse la Biblia de Diodati. Los adictos al protestantismo, fueron los únicos que manifestaron su alegría por aquella Biblia, porque veían consignados en ella los errores que ya tenían en su entendimiento extraviado. Todos los verdaderos fieles italianos se mostraron llenos de indignación, por el ultraje que en aquella Biblia se hacia á la santa fe, por la cual están siempre dispuestos á dar hasta su propia vida, 3.º, es mentira, por último, que leyendo la Biblia se descubran los errores de la Iglesia católica; porque no tiene ningunos. Si esto fuera cierto, se seguiria de aquí que Haller, Hurter, Newman, Manning, Cohén y Groerer, amigo y discípulo de Strauss y profesor de Friburgo en Brísgovia, así como otros muchos protestantes que se han convertido al catolicismo, no leyeron la Biblia antes de abandonar el protestantismo, y sin embargo, es fuera de toda duda, que tenían una reputacion muy merecida de hombres doctos entre los protestantes y anglicanos. Si hubiera tales errores, ¿cómo era posible que se escaparan á la inteligencia de estos hombres ilustrados y solamente los conociera la gente ignorante? A la verdad que es un fenómeno singular, que los ignorantes que leen la Biblia en lengua vulgar, descubran errores é imposturas, que no han descubierto tantos millones

de personas doctas, aun entre los mismos seglares, que leen la Biblia en latin. ¿Qué os parece de tales desatinos?

P. Queda uno asombrado de ver tanto atrevimiento. No es posible comprender cómo á fuerza de mentiras é imposturas, se toma tanto empeño para engañar á la gente sencilla. Mas volvamos á tratar de la Iglesia Romana.

R. Ademas de los beneficios de que ya he hablado, debo agregar, que solamente la Iglesia Romana ha conservado el símbolo de los Apóstoles, los Sacramentos y la enseñanza mas pura de la fe y de la moral. Ella siempre ha condenado, y de una manera inexorable, á cuantos han tenido la audacia de querer introducir en esto la mas leve alteracion; siempre se ha interpuesto, como una muralla de diamante, entre la verdad y las doctrinas de los novadores, desde Simon mago, que fué el primero de los herejes, hasta los protestantes y los racionalistas modernos. Finalmente, todos los beneficios de que gozamos en orden á nuestras almas, los debemos, depues de Dios, á la Iglesia Romana.

P. Semejante firmeza y solicitud, no puede menos que haber costado á la Santa Sede una larga série de combates, persecuciones y contradicciones.

R. Puede decirse con toda verdad que siem-

pre vive en continua lucha, y lucha terrible y obstinada; pero, confiando en Dios, nada teme. No se arredra á la vista de las potencias formidables del siglo; no le intimidan las amenazas de los partidos por mas poderosos que sean; nõ la desalienta la pérdida de reinos enteros; no la alucinan ofertas lisonjeras; ni la acobardan las astucias y los fraudes de los novadores y de todos aquellos que les prestan favor ó proteccion. En medio de una guerra tan encarnizada, á cada paso tiene que lamentar la muerte, el destierro, la prision y la ausencia de un número respetable de Pontífices. Mas la victoria siempre viene á ser suya. Una providencia especial del Señor la sostiene en todo tiempo, y cuando parece que todo se ha perdido, algunos sucesos inesperados y maravillosos le aseguran el triunfo. Además de la promesa divina con que cuenta, de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, tiene á su favor la costosa experiencia de mas de diez y ocho siglos de combates y de victorias. Por esto permanece tranquila á la vista de los nuevos torbellinos, que en todas partes del mundo, en la época presente, se han levantado contra ella, y si bien lamenta la ruina de tantos miserables que se dejan seducir, y llora su pérdida, no por eso cede un ápice de su constancia y de su firmeza invencible.

P. Comprendo perfectamente cuán admirable

es esta Silla de Pedro y cuán digna, no solamente de nuestro respeto, sino de nuestro mas tierno amor. Conozco tambien que mientras yo esté apoyado en ella, como lo espero, jamas padecerá mi fé a mas leve vacilacion. Pueden decir cuanto quiegan, *La buena nueva* y toda la caterva de libros y folletos libertinos: que nada será bastante para debilitar mi amor á la Santa Sede. Me queda todavía una dificultad. Muchos se lamentan de que en Roma, ó como ellos dicen, en la corte romana, nada se hace sin graves inconvenientes y dificultades. Si se me propusiera esta objecion, ¿cómo debería contestarla?

R. Deberiais responder que en todos los negocios de este mundo siempre se encuentra algo del elemento humano. Este elemento, que podríamos llamar instrumental, no se debe confundir con la misma Santa Sede, esto es, con los actos públicos y solemnes de los Papas, ni tampoco se pone en juego con la autorizacion de ellos. Los Papas procuran siempre servirse de los mejores instrumentos; pero por mas que se procure que todos los hombres sean doctos y honrados, es inevitable que, entre la multitud, como sucede en todas las cosas humanas, no se escapen algunos que sean ineptos, y que, en medio de sus empleos, tengan puesta la mira en alguna otra cosa bien distinta del honor y de los intereses de la

Santa Sede. Todo el mundo sabe que de esta clase de personas, hay muchas menos en la corte de Roma que en cualesquiera otras. Pero solo se para la atencion en lo tocante á Roma; mas no por celo del servicio divino, sino por odio á la religion.

P. Os doy las gracias por las instrucciones que me habeis dado, y porque me habeis quitado de la cabeza tantas preocupaciones. Para daros una prueba de mi aprovechamiento, voy á recapitular en pocas palabras lo que habeis dicho. Quedo, pues, entendido, de que no hay otra Iglesia fundada por nuestro Señor Jesucristo mas que la Iglesia católica, Apostólica, Romana; que solamente á esta Iglesia le corresponden las notas y prerogativas de la verdadera Iglesia, y que ninguna otra comunión religiosa puede gloriarse igualmente de tenerlas, porque son incommunicables; que esta Iglesia está dotada por nuestro Señor Jesucristo su fundador, del privilegio de la infalibilidad, en todo aquello que pertenece á la fé y á las costumbres, y de aquí resulta la obligacion estrechísima que tienen todos los fieles de escucharla, so pena de incurrir inevitablemente en la condenacion eterna; que esta Iglesia es santa; que es admirable su firmeza é inmutabilidad, bajo cualquier aspecto que se la considere, porque Dios mismo es el que la gobierna y le sirve de guia; y por último, que no

es menos admirable su constitucion, es decir, su organizacion y su forma, porque ella nos presenta el mas bello tipo ó modelo de gobierno que pudiera imaginarse. Descendiendo ahora de estas consideraciones generales á otros puntos particulares, me habeis dado la verdadera idea de lo que son los Papas, Cardenales y Obispos, contra quienes tanto se enfurecen muchos desgraciados, sin conocerlos; me habeis dicho qué cosa son los Padres y los Religiosos, á quienes tanto aborrece la gente mundana y no cesa de calumniarlos y perseguirlos. Despues de todo esto me habeis hablado de los supuestos abusos de la Iglesia católica, y habeis ilustrado mis ideas en orden á las indulgencias y al dinero que va á Roma. Se me ha quitado de la cabeza el espantajo de la Inquisicion, por medio del cual, con refinada hipocresía, meten tanto ruido los protestantes y los incrédulos. Me habeis hecho concebir grande estima del Sacramento de la confesion, y me habeis descubierto todos los embustes y mentiras de un renegado hipócrita é ignorante, contra el mismo Sacramento. Me habeis dado tambien una idea muy elevada del sacrificio, que se ofrece á Dios en la Santa Misa, y me habeis instruido acerca del purgatorio, y del modo con que se pueden ofrecer sufragios por las almas que allí se encuentran detenidas. Quedo perfectamente instruido acerca del

culto y de la invocacion de los Santos, y de la veneracion que se debe tributar á sus imágenes y reliquias, de manera que me encuentro capaz de poder cerrar la boca á los protestantes y á sus estúpidos admiradores, que arman tanta alharaca sobre un punto que ellos mismos justifican con su práctica sin advertirlo, Por último, quedo convencido hasta la evidencia del sincero amor que todos debemos tener á la Santa Iglesia Romana, tan calumniada por sus enemigos y maltratada por algunos de sus pérfidos hijos, con una ingratitud sin ejemplo. De hoy en adelante le seré muy adicto y me afirmaré siempre en ella, porque veo que es la única áncora de salvacion sobre la tierra, y que Dios no bendice al que le hace la guerra, y que cuantos así se han conducido, han tenido un fin desastroso. Os doy de nuevo las gracias por todo, y no me olvidaré de las preciosas lecciones que me habeis dado, y de las muchas preocupaciones de que me habeis libertado.

R. Bendito sea el Señor por las buenas disposiciones que manifestais tener; rogad á su Divina Majestad que siempre os conserve en ellas. No penseis que con lo que llevo dicho, os he dado una plena instruccion sobre todas las verdades de nuestra fé; para esto seria necesario un extenso tratado de doctrina cristiana; solo he tocado algunos puntos principales, respecto de los que se

dicen hoy tantos despropósitos y falsedades, y lo he hecho con el fin únicamente de suministraros un antídoto que os preserve del veneno, que por todas partes derraman los protestantes y sus adictos con tanto daño de las almas. Acordaos que el mundo, con todas sus pompas y vanidades, pronto acaba; y no os espongaís á poner en riesgo vuestra salvacion eterna por un placer que pasa en un momento. No os olvideis que la vida dura un instante, y que despues de ella os espera una eternidad, que necesariamente ha de ser feliz ó desgraciada. Acordaos siempre de aquella sentencia del Evangelio, que bien meditada, será suficiente para vos, como lo ha sido para otros muchos, para procurar con toda eficacia vuestra salvacion eterna. *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* Salvada el alma, se ha salvado todo; perdida el alma, todo está perdido. Para salvar el alma es necesario cumplir con la ley de Dios; para cumplir con la ley de Dios, es necesario pedir á su Majestad las fuerzas de que tanto ha menester nuestra débil naturaleza y hacer de nuestra parte cuanto podamos para agradar á Dios. Para esto debemos tributarle obsequio y veneracion, no de cualquiera manera, no segun nuestro capricho y voluntad, sino del modo que nos lo enseña la religion, que se dignó revelarnos, como *única* que nos puede conducir á la salvacion eter-

na. Esta religion, ordenada por Dios y revelada por Dios (oidlo bien, y grabadlo profundamente en vuestra alma) no es otra, sino *unicamente* aquella que nos enseña LA IGLESIA CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA.

FIN DEL CATECISMO.

Damos á continuacion las sentencias de excomunion mayor, que el tribunal eclesiástico de México pronunció contra los presbíteros Gracida, Aguas y Palacios, que fueron unos de los primeros que dieron á la Iglesia mexicana el pesar de filiarse entre los llamados protestantes. El presbítero Aguas murió ya, como mueren generalmente los apóstatas, entregado á la desesperacion y á los remordimientos mas amargos de su conciencia, sin haber querido prestar oido á los consejos de varias personas, que le brindaban con el perdon de su tierna Madre la Santa Iglesia católica, de cuyo amoroso seno se habia separado. Los otros dos no dan señales de volver al buen sendero. ¡Quiera Dios que alguna vez, arrepentidos de sus extravíos, entren de nuevo á la comunión católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvacion!

APENDICE.

Sentencia pronunciada en el tribunal eclesiástico contra el Presbítero Lic. D. Francisco Gracida.

México, Marzo 2 de 1868.

En vista de las diligencias practicadas y de las constancias que obran en esta sumaria instruida contra el Presbítero Lic. D. Francisco Gracida, primero: por el hecho escandaloso de haber extraido á la jóven D.^a Agustina Flores de la casa de D. Crescencio Flores, padre de ésta, ocultándose con ella por espacio de varios dias; y despues por el hecho todavia mas escandaloso, de haberse presentado públicamente al juzgado 2.^o del estado civil á contraer el llamado matrimonio civil con la referida D.^a Agustina Flores; estando plenamente probados ambos crímenes, el primero por la informacion de testigos que se practicó, y el segundo con la certificacion expedida por el mencionado juzgado, de la que aparece haberse verificado tan monstruoso acto el dia 17 de Febrero próximo pasado,